

INFORMACION BIBLIOGRAFICA

Un nuevo libro de Tomás Molnar: EL DIOS INMANENTE (*)

Bajo el título *El Dios Inmanente*, nos ofrece Tomás Molnar una visión coherente y original del pensamiento filosófico y religioso alemán a través de varios ensayos sobre sus figuras más representativas.

Así como se dice del espíritu francés que es cartesiano y del inglés que es empirista, suele caracterizarse al alemán como metafísico. La metafísica llamada alemana se sitúa en la Edad Moderna desde Fichte hasta Heidegger y sus epígonos, por más que puedan encontrarse antecedentes desde la mística de la Baja Edad Media. Sin embargo, el término *metafísica* encierra aquí, según Molnar, algo más de lo que el puro término significa. Metafísica fue también la filosofía griega antigua y la escolástica medieval y resultaría forzado aplicarles una connotación común con la metafísica alemana o buscar una continuidad de espíritu entre las unas y la otra.

El genio metafísico alemán ha respondido, según nuestro autor, a un designio muy concreto. Sólo a través de él se puede hallar esa connotación «alemana y moderna» al término *metafísica*, y también el hilo conductor de esta dilatada corriente de pensamiento.

La metafísica antigua y medieval partían de la noción de ser y trataban de captarlo en sí mismo, y en sus últimas causas: la teología, como estudio de la causa suprema, era así la culminación de aquella metafísica. Esta nueva, la alemana, trata de salir del marco de la religión cristiana —en cuyo suelo cultural nace— así como de los planteamientos clásicos, y no por su conversión a otra religión ni estrictamente al ateísmo, sino por la trasmutación del propio cristianismo en un sistema especulativo cuyo centro consciente y motor sea el hombre mismo. Según esta visión subyacente, el anclaje de la mente humana, de la religión y de la historia en la trascendencia de Dios originará su naufragio

(*) Molnar, Thomas: *Le Dieu Immanent*. Editions du Cèdre, París 1982.

bajo el peso de las contradicciones cristianas (encarnación, resurrección, milagros), y, no menos, por la acumulación de conocimientos «positivos» por parte de la ciencia moderna.

Se tratará así de buscar otro anclaje o cimentación en algo más cercano a la reflexión humana; es decir, en una fuerza immanente. Bajo esta luz nos aparece la filosofía alemana como un inmenso esfuerzo por explicar y «reconducir» la religión y la historia *sin* el recurso a un Ser trascendente, pero conservando, sin embargo, los «valores» cristianos. Como sirviendo a este designio desfilan por las páginas de este libro las más significativas figuras de la filosofía y la teología alemanas: el maestro Eckhart y Lutero a título de antecedentes; Nietzsche, Hegel, Marx, Heidegger como figuras centrales; Hans Küng, Bultmann, Gogarten y otros como epígonos dentro de la teología progresista o de la teología atea de nuestro tiempo.

Clave para esta transformación imanentista y antropocéntrica será el término *encarnación*, núcleo de la fe cristiana, cuyo sentido se verá diversamente invertido o trucado para que signifique que el hombre se hace Dios o que Dios pierde su divinidad. Desde Eckhart hasta Bultmann —dice Molnar— se repetirá que la encarnación se realiza en nuestra alma cada vez que cumplimos la voluntad del Padre. Lo que supone que somos hijos de Dios con el mismo título que Cristo, y que nuestro estado es (o puede hacerse) divino.

Dedica Molnar su primer capítulo al maestro Eckhart, aquel místico que vivió en el siglo xiv, de ardiente inspiración y lenguaje ambiguo. Tanto Hegel como Heidegger lo consideraron como uno de sus grandes precursores. Molnar cree descubrir en sus famosos *Sermones* el germen de lo que sería el gran proyecto de la futura metafísica alemana.

Tres ideas, sugeridas dentro de una oscura inspiración mística, sitúan a Eckhart en el pórtico de este proceso. Ideas mil veces reiteradas en su obra y altamente sospechosas para la ortodoxia religiosa. Es la primera una acentuación de lo que se ha llamado *teología negativa* hasta alcanzar conclusiones muy cercanas a las de Plotino y los gnósticos. Nada se puede decir de Dios, porque está por encima de todos nuestros conceptos y distinciones. Dios no es ni inteligente ni justo, ni siquiera ser. De Él sólo puede saberse *lo que no es* por relación a las cosas que son y que conocemos. Dios, que nos otorga el ser, está por encima del ser al propio tiempo que lo abarca en sí. Eckhart mismo se salva de la herejía panteísta y de adorar a un Dios abstracto (al modo de Plotino) por su fe fervorosa y mediante una

notable dialéctica, por lo demás, profundamente ambigua. En ella «se confronta el *ser* de Dios con el *ser* del hombre de un modo que nos recuerda los dos términos heideggerianos de *ser* y *siendo*, objeto el uno de la ontología y el otro de lo óntico. El hombre es para Eckhart un *ser* encerrado en el de Dios y que sólo despojándose de sí le es permitido reunirse con el *ser* divino».

Esto enlaza con la segunda idea que prelude en Eckhart el gran designio de la metafísica alemana: es la individualidad, la voluntad personal, lo que nos separa de Dios: «Desligarnos de ella es el medio de retornar a lo que éramos antes de que Dios nos prestase el ser: antes del comienzo del mundo el hombre estaba en Dios como idea. Con la creación salió de Él y sólo retornará por la unión mística». Humillándose en tanto que ser concreto o criatura el hombre se hace Dios, porque en Él es y en Él vive: aquel que entrega su voluntad a Dios hace a éste su prisionero, se apodera de Él de modo que Dios nada puede sino lo que aquél quiere».

De lo que fluye la tercera idea eckhartiana: la superación de la moral y de sus normas por la absorción del hombre en la divinidad. Los actos externos se hacen inútiles, tanto como los preceptos, cuando en el hombre obra el mismo Dios. Inutilidad, asimismo, de una autoridad espiritual humana, eclesiástica. «Dios —nos dirá— no condena ningún acto exterior; estos actos no son buenos ni malos». «La verdadera penitencia estriba en la renuncia a cuanto no es plenamente divino, a lo propio de las criaturas».

Según Gilson los textos del Maestro Eckhart contienen múltiples contradicciones verbales, frutos de su místico entusiasmo. Pero —objeta Molnar—, ¿meramente verbales? Tales modos de expresarse sistemáticamente contienen ya lo que será más inquietante en Hegel o en Heidegger».

El otro gran precedente de la metafísica moderna en Alemania es, sin duda, Martín Lutero. Objetivando afirmaciones más o menos vaporosas de la mística alemana, Lutero no sólo rompe la unidad religiosa de la Cristiandad, sino que explicitará las bases para aquel gran designio del pensamiento alemán: la inmanencia divina en el proceso humano y la autonomía del espíritu. Lutero, de carácter concentrado y orgulloso, se esfuerza durante su juventud en la lucha contra sus pasiones y en el logro de una vida virtuosa y contemplativa. Desalentado de estos esfuerzos, el fraile agustino toma su decisión: fuera de los diez mandamientos —únicos preceptos emanados de Dios— no existe

obra alguna que pueda agradar a Dios. Las obras espirituales y místicas de los santos no son más que su propia invención. La bondad o la malicia de nuestra vida depende sólo de la disposición favorable que determina la fe, soplo que suscita Dios en el alma de los que elige. La buena acción no hace más que *transitar* por el hombre. «Consecuencia última será apartar a Dios del alma en la imposibilidad de comunicar con el hombre, y encerrar al hombre en la soledad», es decir, en «la autonomía de su *humildad arrogante*». Toda mediación exterior entre Dios y el alma (penitencias, sacramentos) carecen de valor intrínseco. Son, en definitiva, invenciones eclesiásticas que más nos apartan de Dios que nos acercan.

Se unirá en su espíritu a estas conclusiones una aversión exaltada a la corrupción que descubre en la Iglesia de Roma, en sus abusos simoníacos. La rebelión luterana contra Roma recibirá un fuerte apoyo político en la Alemania de su tiempo. Será en rigor la culminación de las guerras de las Investiduras, luchas civiles dentro de la Cristiandad entre el Pontificado y el Imperio, que crearían a lo largo del Medievo un odio permanente entre los príncipes alemanes y la Europa ultramontana, la de Roma.

Rotos los lazos sacramentales y aun dogmáticos entre el alma y Dios, destruida para él la Iglesia jerárquica, el hombre luterano se limita a escuchar en sí los signos de su predestinación, y acabará dedicando su vida al solo éxito profano en un mundo progresivamente secularizado. «En su orgullo se gloria de la soledad de sus empresas terrenales, se titula libre y creador, y se burla de sus prójimos menos *emancipados* que él». Pero es aquí donde —según Molnar— otro viaje comienza. El alma no puede vivir en la soledad ni alimentar su sed de sí misma, de su propia independencia. La metafísica posterior será la búsqueda, por vías más o menos panteístas, de la inmanencia de Dios en el mundo humano o en su evolución o en su historia.

Tras estos dos antecedentes todavía religiosos, irrumpen en el libro de Molnar las grandes figuras de la metafísica alemana que culminarán esa ascensión hacia el inmanentismo divino. Quizá hubiera convenido a la claridad del razonamiento incluir aquí —aun saliendo de la especulación estrictamente alemana— la obra de Spinoza y, más tarde, el Catecismo holandés. En estas figuras principales no se tratará ya de mentes religiosas en el sentido de un Dios trascendente, ni menos aún cristianas. Ateos unos, paganizantes otros, sopla en todos, sin embargo, un hálito panteísta que, al modo spinosiano, tratará de insuflar cierto carácter divino a la evolución mental histórica o tecnológica del

hombre. Hasta este momento la reflexión filosófica ha consistido en estudiar la estructura de la realidad —del cosmos, de la condición humana; de la ley moral—; desde hace dos siglos busca trazar las condiciones para la renovación del mundo. Divide así su trabajo en dos partes: en una primera describe la condición *actual* como decaída, mala, provisional, oscura... En la segunda, el filósofo describe y anticipa lo que *será*, una vez cumplidas ciertas condiciones de renovación o de re-creación por la mente humana. En la época moderna, el filósofo asume el papel de demiurgo que fabrica lo real o de un ingeniero que extrae formas utilitarias de la materia amorfa.

Dentro de estos autores —desde Fichte o Heidegger— otorga Molnar una especial significación a Nietzsche porque sólo él llegó hasta el término de su designio sin concesiones dialécticas ni sociales: la obra de aniquilación de lo real, de su estructura y de sus valores, llega en él hasta la apoteosis del nihilismo como tránsito necesario para una futura trasmutación radical de los valores.

Nietzsche, como todos los grandes pontífices del dios immanentista, afirma su propio y profundo mesianismo. El tiempo se dividirá para él en dos grandes vertientes: una actual (y pretérita) conformada por el helenismo socrático y platónico —mundo de orden y de conceptos nacidos de nuestra voluntad de coherencia— y por el cristianismo —moral de esclavos, transferencia temerosa de este mundo al más allá. Otra, luminosa y libre, que nacerá del triunfo del nihilismo sobre el universo artificial greco-cristiano en la que se operará una identificación del individuo con los elementos de la naturaleza, liberada al fin de las cadenas de lo arbitrario y mediocre, del irracional histórico. «Mi misión —dijo— es la de preparar para la humanidad un instante de reflexión suprema sobre ella misma, un cénit glorioso en el que sea capaz de mirar hacia atrás y hacia adelante». Advenimiento final del Superhombre y trasmutación de los valores en torno a la afirmación de la vida, de la voluntad de poder.

Desfilan después por estas páginas los otros grandes de la filosofía alemana moderna: Kant, Hegel, Marx ... El mundo se descompone en un juego de formas y categorías hasta reducirse a la condición de fenómeno humano; el ser se torna momento dialéctico, idea, evolución de la técnica y de la economía de los hombres ... No se tratará ya de conocer la realidad, sino de modificarla, de re-crearla.

Quizá la parte más reveladora de este libro sea la consagrada a Heidegger, a quien juzga Molnar como la culminación de

este largo proceso y el iniciador de su influencia sobre la teología cristiana de hoy. Para ello reincide sobre temas ya vistos en la mística alemana medieval. Dios no es para él otra cosa que la idea platónica personalizada por judíos y cristianos. «Pero, así como el platonismo es un *impase* filosófico, una reducción del ser (inaccesible) a un concepto humano pretendidamente evidente, Dios es un medio de capturar el ser y de bloquear la infinita especulación sobre él. Por ello mismo, el platonismo y la religión judeo-cristiana han concluido su vida; Nietzsche y Heidegger proclaman la desconceptualización, el desbloqueo de las ideas, y relanzan la humanidad en el flujo, en el eterno devenir, que es también la eterna espera de otros *desvelamientos* del ser».

A través de esta noción de un meta-ser no conceptualizable que se manifiesta o des-vela al espíritu manifestándose desde su interior, retorna Heidegger a la teología negativa de los antiguos místicos, principalmente de Eckhart, cuya paternidad espiritual reconoce.

A juicio de Molnar, «el impacto de esta enseñanza sobre el espíritu protestante y sobre los impacientes en la Iglesia es absolutamente claro. Con el descrédito lanzado sobre el Ser de la metafísica griega (Platón o Aristóteles), sobre la sustancia aristotélica, sobre el Dios *que es*, sobre la razón y sobre la historia, la revelación puede aparecer como una humillación de ese super-Dios que es el Ser heideggeriano. Cristo que encarna (hace de carne) ese Ser ya impuro del Antiguo Testamento, que pretende suspender de su cruz el flujo histórico escogiendo un sitio, un tiempo, un lenguaje, no hace sino redoblar el escándalo. (...). Pongámonos en el lugar de los impacientes que la filosofía alemana viene de improvisar a satisfacer: la estructura ontológica y verbal del cristianismo es desarticulada; en lugar de las grandes «sustancias» (Dios, encarnación, resurrección, pecado, Iglesia, mandamientos, sacramentos, alma, ley moral, providencia, etc.), ¡qué gran simplificación la de situar las grandes «fluencias» (apertura, disponibilidad, proyecto, devenir)! Dios se realiza entre los hombres, "la liberación de los hombres por ellos mismos" (Chenu), "la actividad humana es la acción de Dios" (Congar), etcétera».

El cristianismo —escribe Rahner, discípulo de Heidegger— no se clarifica más que por referencia a un futuro absoluto preparado por un desvelamiento progresivo. Comprendemos las cosas sólo por relación a lo que todavía no es, porque cada etapa concreta es relativa al futuro.

Heidegger, Bultmann, Gogarten, Rahner, Ricoeur, Teilhard

no son sino los pensadores más visibles de dos generaciones de teólogos ocupados en liquidar filosóficamente las bases de la religión cristiana. Factor común a todos es la empresa de «inmanentizar» lo divino.

Este libro de Molnar, aunque compuesto de ensayos varios sobre distintos autores, posee una perfecta unidad y continuidad bajo la perspectiva que sugiere su título. *El Dios inmanente*: una colosal empresa intelectual que, desde orígenes equívocamente místicos, llega, a través del inmanentismo y de la subjetividad universal, hasta conclusiones nihilistas. Ejemplo claro de cómo, a despecho de la tesis antimetafísica de Kant, se opera una clara continuidad en la especulación filosófica, no tanto por designio de los pensadores como por la fuerza misma de las ideas, que son, en definitiva, los motores de la historia.

Pocos ensayos más útiles que este para captar, en un lenguaje a la vez profundo y transparente, la clave de este tiempo, el genio de nuestra edad: «Nietzsche y Heidegger anuncian el vértigo del fin de la historia: el hombre, sometido antes a Dios, se ve ahora en soledad porque ha matado a Dios, ese falso original del que es él copia auténtica. El discurso de y sobre Dios se extingue: Heidegger recomienda la espera de los dioses en el silencio. Pero este —o esos— dioses son nuestros propios proyectos. Desde Hegel hasta Heidegger el espíritu se realiza por la humanidad, es ella quien lo des-vela a sí misma. "El hombre es el pastor del ser" escribiría finalmente Heidegger».

RAFAEL GAMBRA

Roberto de Mattei: IDEALITA E DOTTRINE DELLE AMICIZIE (*) (LA APOLOGÉTICA CATÓLICA Y LA FORMACIÓN DEL PENSAMIENTO CONTRARREVOLUCIONARIO)

Es difícil que, en la sociedad occidental actual, los católicos comprendamos y mucho más que nos identifiquemos con un grupo de hombres, hermanos nuestros en la misma fe católica, que hace doscientos años combatían por una sociedad totalmente diferente de la actual, pues esta es la misma que ellos rechazaban por su antagonismo contra Dios y su Iglesia.

Hoy, la sociedad pluralista está lejos de escandalizar a casi nadie, se ha convertido en objetivo para muchos y tan sólo unos

(*) Arti Grafiche Pedanesi, Roma, 1981, 179 págs.